

sólo paso para lanzarse, como Richardson y Fielding, á la gran obra de las letras modernas, que es la novela de costumbres.

IX

Añádase á todo la poesía. Fluye, en su prosa, mil veces más sincera y más bella que en sus versos. Ricas fantasías orientales despléganse allí, sin chispeantes fulguraciones, como en Voltaire, sino en medio de una serena y copiosa luz que anima con cambiantes destellos los pliegues regulares de su púrpura y su oro. La música de las amplias frases cadenciosas y tranquilas pasea suavemente el espíritu por entre los esplendores y encantos novelescos, y el profundo sentimiento de la naturaleza, siempre joven, recuerda la venturosa serenidad de Spenser (1). Al través de las discretas burlas ó las intenciones morales, se ve que su imaginación es dichosa, que se complace en contemplar los balanceos de los bosques que pueblan las montañas, el eterno verdor de los valles que vivifican las frescas fuentes, y los amplios horizontes que ondulan al borde del lejano cielo.

Los sentimientos grandes y sencillos vienen á unirse de suyo á esas nobles imágenes, y su armonía mesurada compone un espectáculo único, digno de arrobar el corazón por su gravedad y su dulzura. Tal es esta visión de Mirza, que hay que traducir casi entera: «El quinto día de la luna, habiendo subido á las altas colinas de Bagdad para entregarme á la con-

(1) *Historia de Abdallah, Historia de Hilpa.*

templación y á la oración, caí en una meditación profunda sobre la vanidad de la vida humana, y pasando de un pensamiento á otro: Seguramente, me dije, el hombre no es más que una sombra y la vida un sueño.—Mientras así meditaba, dirigí los ojos hacia la cumbre de una peña que se alzaba no lejos de mí, y vi una figura en traje de pastor, con un instrumento músico en la mano. Cuando yo la miraba, se llevó el instrumento á los labios y empezó á tocar. El sonido era sumamente dulce y se diversificaba en una variedad de tonos de una melodía indescriptible muy diferente de cuanto yo había oído. Me hizo pensar en esas melodías celestiales que acogen las almas de los justos á su entrada en el paraiso, para borrar el recuerdo de su reciente agonía y prepararlas á los placeres de esa mansión venturosa. Embargaba mi corazón un secreto arrobamiento... El Genio me llevó entonces hacia la cima más alta de la peña. Dirige los ojos hacia el Oriente—me dijo—y cuéntame lo que ves.

—Veo—respondí—un dilatado valle y una prodigiosa corriente de agua que le atraviesa.

—Mira ahora—me dijo—ese mar limitado á una y otra parte por tinieblas, y dime qué descubres en él.

—Veo un puente que se eleva en medio del oleaje.

—El puente que ves es la vida humana; considéralo con detenimiento.

—Mirándole más despacio, vi que constaba de setenta arcos completos y de varios arcos rotos, que formaban unos ciento con los demás. Cuando yo los contaba, díjome el Genio que ese puente tenía en un principio mil arcos, pero que una gran inundación se había llevado los restantes, y le había dejado arruinado, como ahora le veía.

—Sigue diciéndome lo que descubres en él.

—Veo—respondí—muchedumbre de gente que le atraviesa, y negro nublado suspendido sobre cada uno de sus extremos. Después, mirando más, vi á varios de esos viajeros caer al través del puente y hundirse en las aguas que por debajo corrían, y no tardé en descubrir que había en ese puente infinidad de trampas ocultas, donde no se ponía el pie sino para desaparecer al instante. Esos lazos estaban muy juntos en la entrada del puente, de modo que muchos de los que llegaban, apenas salían del nublado, se abismaban por allí. Iban siendo menos numerosos hacia la parte media, pero se multiplicaban al acercarse á los últimos arcos completos.

Algunos, aunque en número muy reducido, seguían trabajosamente hasta los arcos rotos, pero iban cayendo unos tras otros, rendidos y extenuados por una marcha tan larga... Mi corazón se inundó de profunda tristeza al ver á varios de los pasajeros que caían de improviso en medio de su alegría y de sus carcajadas, y se agarraban á todo lo que encontraban cerca para salvarse. Otros dirigían los ojos al cielo en actitud pensativa, y, en medio de su contemplación, tropezaban, y no se los volvía á ver más. Había muchedumbres afanadas en la persecución de fruslerías que brillaban y bailaban ante sus ojos; pero muchas veces, en el momento en que creían cogerlas, se las iban los pies, y caían precipitadas... Lancé un profundo suspiro, y el Genio, lleno de compasión, me dijo que mirase hacia aquella densa niebla á que llevaba la corriente las diversas generaciones de mortales sepultados. Miré, y mis ojos, fortalecidos por el Genio, vieron que el valle se abría hacia el fin y se dilataba en un inmenso océano, donde se extendía una enorme roca de diamante que le dividía en dos secciones.

Las nubes reposaban aún sobre una de las mitades, y así por aquel lado nada puede descubrir; pero la otra era un vasto océano sembrado de innumerables islas. Esas islas estaban cubiertas de frutos y de flores, y entrecortadas por mil pequeños y brillantes mares que entre ellas serpenteaban. Allí pude divisar personajes con gloriosas vestiduras y coronas en la cabeza, pasando los unos por entre los árboles, echados otros á orillas de las fuentes ó reposando en lechos de flores, y oí una confusa armonía de cantos de pájaros, de aguas murmurantes, de humanas voces é instrumentos melódicos.

La alegría inundó mi corazón á la vista de aparición tan deliciosa. Deseé las alas de un águila para volar á aquellas afortunadas mansiones; pero el Genio me dijo que allí no se penetraba más que por las puertas de la muerte que yo veía abrirse en el puente á cada instante.

—Esas islas—me dijo—que ves tan frescas y tan verdes, y de que aparece esmaltada la faz del Océano por dondequiera que dirijas los ojos, son más numerosas que los granos de arena de las orillas del mar; hay infinitas detrás de las que descubres, hasta un punto adonde no alcanzan tus ojos ni aun tu imaginación. Son las moradas de los hombres de bien después de su muerte... ¿No son, oh Mirza, asilos cuya posesión merezca algún esfuerzo? ¿Parece misera la vida, cuando proporciona ocasión de ganar tal recompensa? ¿Debes temer la muerte que te conduce á una vida tan feliz? No pienses que ha sido hecho en vano el hombre, á quien tal eternidad está reservada.

—Contemplé con placer inexpressable esas islas venturosas.

—Ahora—dije al Genio—te suplico que me enseñes

los secretos ocultos detrás de aquellas negras nubes que cubren el Océano á la otra parte de la roca diamantina.

Como no me respondiese, me volví para repetirle la pregunta, pero vi que me había abandonado. Quise entonces mirar otra vez la visión que había contemplado tanto tiempo. Pero, en vez de la corriente marina, del puente con sus arcos y de las islas afortunadas, no vi más que el largo y hondo valle de Bagdad, con los bueyes, ovejas y camellos que pacían en sus laderas.»

En esta moral engalanada, en esta bella razón tan correcta y elocuente, en esta imaginación ingeniosa y noble, veo en compendio todas las características de Addison. Son los matices ingleses que distinguen á la edad clásica inglesa de la nuestra: una razón más estrecha y más práctica, una urbanidad más poética y menos elocuente, un fondo de espíritu más inventivo y más rico, menos sociable y menos delicado.

FIN DEL TOMO III.

ÍNDICE

LIBRO III

LA EDAD CLÁSICA

CAPÍTULO PRIMERO

La restauración.

§ 1.º

Págs.

- I.—Los excesos del puritanismo.—Cómo acarrear los excesos del sensualismo.
- II.—Pintura de esas costumbres por un extranjero.—Las Memorias de Grammont.—Diferencia del libertinaje en Francia y en Inglaterra.
- III.—El *Hudibras* de Butler.—Insulsez de sus gracias y acerbidad de su rencor.
- IV.—Bajezas, crueldades, brutalidades, corrupción de la corte.—Rochester: su vida, sus poemas, su estilo, su moral.
- V.—Cuál es la filosofía que cuadra á esas costumbres.—Hobbes: su espíritu y su estilo.—Sus exclusiones y sus descubrimientos.—Su método matemático.—En qué se acerca á Descartes.—Su moral, su estética, su política, su lógica, su psicología, su metafísica.—Espíritu y objeto de su filosofía.
- VI.—El teatro.—Cambio en el gusto y en el público.—El público, antes y después de la restauración.
- VII.—Dryden.—Composición heterogénea de sus comedias.—Torpe afectación de cinismo.—Cómo traduce el *Anfitrión* de Molière.
- VIII.—Wycherley.—Su vida.—Su carácter.—Su misantropía, su acerbidad y su impudor.—*El Amor en el bosque*.—*La Esposa campesina*.—Pinturas licenciosas y pormenores repulsivos.—Su energía y su realismo.—Caracteres de Olivia y de Manly en su *Plaindealer*.—Palabras de Milton.

§ 2.º

- I.—Aparición de la vida de sociedad en Europa.—Sus condiciones y sus causas.—Cómo se establece en Inglaterra.—Las mo-